

Departamento de Historia  
Universidad de Santiago de Chile  
Revista de Historia Social  
y de las Mentalidades  
Nº XIII, Vol. 1, 2009: 123-157  
Issn: 0717-5248

**LAS ANDANZAS DE JUAN RAFAEL ALLENDE  
POR LA CIUDAD DE LOS ‘PALACIOS MARMÓREOS’  
Y LAS CAZUELAS DELEITOSAS.  
SANTIAGO DE CHILE, 1880-1910.\***

**JUAN RAFAEL ALLENDE’S WANDERINGS  
INTO THE CITY OF ‘MARBLE PALACES’ AND DELIGHTFUL CASSEROLES.  
SANTIAGO OF CHILE, 1880-1910.**

DANIEL PALMA ALVARADO\*\*

**RESUMEN.**

El artículo presenta un capítulo de la historia social y urbana de Santiago de Chile, en un período durante el cual la ciudad asistió a profundos cambios que modificaron el viejo trazado colonial y las relaciones sociales entre sus habitantes. Por medio de la aguda pluma del escritor satírico Juan Rafael Allende, descubrimos las insuficiencias del proceso de urbanización, los nuevos personajes que se dieron cita en las calles y plazas, y las variadas diversiones que animaban la vida cotidiana de los capitalinos.

**Palabras clave:** Santiago de Chile, Juan Rafael Allende, prensa satírica, historia urbana

**ABSTRACT.**

This article deals with a chapter of the social and urban history of Santiago de Chile, throughout a period in which the city was subject of deep changes that modified its colonial setting and long lasting social relationships. Following the sharpness of the satiric writer Juan Rafael Allende, we look to the insufficiencies of the urbanizing process, the new characters occupying the city’s squares and streets, as well as the multiple entertainments animating the everyday life of its inhabitants.

**Key words:** Santiago de Chile, Juan Rafael Allende, satiric press, urban history

---

\* Recibido: Septiembre 2008; Aceptado: Abril 2009.

\*\* Doctor en Historia por el Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Agradezco los comentarios de EPA (Estudios Pililos Ahora) a una primera versión de este texto. Email: [danielpalma@vtr.net](mailto:danielpalma@vtr.net).

## I. INTRODUCCIÓN.

Desde su oficina e imprenta, ubicada en la calle Huérfanos 16A en las proximidades del Teatro de Variedades, Juan Rafael Allende fue un observador perspicaz y comentarista saleroso de la vida urbana santiaguina. Este inmueble, adonde se había instalado tras la ruptura con Buenaventura Morán y su alejamiento de *El Padre Cobos*, fue el cuartel general del periodista hasta la guerra civil de 1891. Su localización estratégica en plena “calle de los judíos”, como el pueblo llamaba jocosamente a la de Huérfanos en alusión a que ahí funcionaban los corredores de comercio y los bancos, le permitió transmitir en sus periódicos coloridos cuadros de la vida cotidiana, valiéndose de sus armas más poderosas: el humor y la crítica social.

En 1884, Allende comenzó a publicar *El Padre Padilla*, que sería a la postre su periódico más exitoso y que, según sus propias palabras, le permitió vivir con bastante holgura. En 1886, por ejemplo, ante acusaciones de que se había vendido al candidato presidencial José Manuel Balmaceda, comentó que el periódico le dejaba una utilidad mensual de “no menos de 800 pesos en billetes, como puedo probarlo con mis libros y con el litógrafo que me imprime los grabados, señor Brandt”<sup>1</sup>. (El sueldo de un gañán carrilano o de un guardián de policía en esa misma época era de alrededor de 40 pesos mensuales.)

Encarcelado por sus enemigos durante la guerra civil de 1891 y lejos del país durante los años siguientes, Allende retomó su labor periodística en 1893, sin los recursos de antaño. Se estableció con una oficina en la céntrica calle Bandera, desde donde siguió provocando con su afilada pluma hasta 1902, sacando periódicos dos o tres veces por semana y desplegando en paralelo una activa labor teatral y política<sup>2</sup>. En la puerta de la imprenta colgaba un letrero donde se leía: “Advertencia a todo el mundo: / para mí, el tiempo es dinero. / Quien no me dé lo segundo, / no me quite lo primero”<sup>3</sup>. Verdaderamente, el hombre se afanaba mucho. En una ocasión confidenció a sus lectores que

---

1 Manifiesto a la nación, *El Padre Padilla*, 14 de enero de 1886.

2 Aparte de su labor en el Partido Democrático desde 1887, en 1897 fue candidato a diputado por Antofagasta, durante todo el año 1900 recorrió Antofagasta, Calama, Taltal, Iquique, Pisagua, Alto Hospicio, Dolores y varias oficinas salitreras y en 1901 dejó el trabajo en Santiago por tres meses para viajar, en su calidad de presidente honorario de la Sociedad Defensora de Trabajadores y Socorros Mutuos, a Iquique “a ver a mi familia”, refiriéndose a su gran familia pampina. *El Sinvergüenza*, 19 de enero de 1901 y *El Tinterillo*, 05 de octubre de 1901.

3 Mis únicas horas de reposo, *El Sinvergüenza*, 19 de enero de 1901.

trabajaba "... todos los días del año, y muy en particular los domingos, con la sola excepción de unas cuantas horas del sábado, desde las 3 PM adelante..."<sup>4</sup>. Por lo mismo, le fastidiaba recibir correspondencia que lo distrajera de su oficio. "Me llegan doscientas cartas y algunas con cuarenta carillas... Una vez por todas digo que cada carta que pase de una carilla la echaré al canasto de la basura sin leer la firma"<sup>5</sup>. Lo suyo era observar, leer la prensa, contestar cartas y escribir, siempre atento a los rumores que circulaban en la ciudad.

A lo largo de todos estos años, Allende comunicó una particular mirada sobre lo que avizoraba a su alrededor. Si bien el grueso de las páginas de sus diarios estuvo orientado a contenidos de la contingencia política, de paso nos alumbran la historia de Santiago tal cual se vivió, con sus rincones amables y chacoteros, con sus contrastes, sus penas y alegrías. Con picardía y acidez nos va ilustrando el día a día, su monotonía y sus bochinches, el tráfico en las calles y negocios, todo esto premunido de la sensibilidad propia del que conoce al dedillo su ciudad.

El modo de presentar las noticias y dar cuenta de la crónica urbana se nutrió del lenguaje y los chismes de la calle, procurando de ese modo mantener un contacto estrecho con el público. En los florecientes tiempos de *El Padre Padilla*, Allende cultivó secciones que marcaron escuela en la prensa popular. Los 'Cordonazos' propinados por el fraile que daba el nombre al periódico, y la 'Gacetilla' eran pieza fija en las páginas del diario y consistían en una serie de recados y amenazas, denuncias y revelaciones que buscaban exhibir públicamente a quienes habían engañado, ofendido, lesionado o perjudicado a alguna persona. "Tenga cuidado la gente con ir a comprar dulces a la Dulcería que hay en la calle del Puente, frente al cuartel de bomberos, porque allí está de vendedora una mancarrona cara de zapallo pasmado, cocinera jubilada, que trata a los compradores a rebuznos y coces"<sup>6</sup>. También se enviaban mensajes a las autoridades, llamando la atención sobre diversos problemas de la vida cotidiana de la ciudad: "¡Señor comandante de policía! en las tres primeras cuadras de la calle de Gálvez no se encuentra un paco ni para remedio. ¡Sírvese usía mandar uno!"<sup>7</sup>. El *José Arnero*, probablemente el periódico popular más importante de Santiago entre 1905 y 1912, heredó el espíritu de estas secciones en sus célebres 'Arnerazos', igual que la costumbre de Allende de

---

4 Idem.

5 Gacetilla, *El Padre Padilla*, 04 de noviembre de 1884.

6 Comunicados, *Poncio Pilatos*, 18 de agosto de 1894.

7 Gacetilla, *El Padre Padilla*, 25 de mayo de 1886.

inventar nombres chispeantes a los corresponsales (en el *Padilla* aparece uno que firmaba como K.Gue y en el *Arnero* encontramos a T.K.G.).

Veremos a continuación cómo, entre ‘cordonzos’, avisos y crónicas satíricas, Allende desplegó una persistente crítica a las deficiencias de la infraestructura urbana, enrostrando su indolencia a las autoridades; trazó el perfil de diferentes personajes que se tornaron cada vez más visibles en los espacios públicos; e invitó a solazarse en distintos sitios de diversión y recreo. Todo esto en un contexto dominado por profundas transformaciones en la dinámica urbana y en el modo de vida de su gente<sup>8</sup>. Es la invitación a recorrer el Santiago de Juan Rafael Allende.

## II. ‘CARROS INURBANOS’, ‘CARROS MATASANOS’, ‘CALLES PESTILENTES’: LA CARA SUCIA DE LA CAPITAL CHILENA.

Durante las décadas que comprende este estudio, Santiago vivió la crisis terminal de la antigua ciudad colonial. La precaria infraestructura urbana difícilmente lograba contener a un creciente número de habitantes que se reproducían a un ritmo vertiginoso. En el lapso de una sola generación, la población se había más que duplicado desde alrededor de 150.000 en 1875 a poco más de 330.000 en 1907. Los antiguos límites de la capital se vieron rebasados y gran cantidad de personas se fue instalando en los suburbios, donde se entremezclaba el aire rural con el de la ciudad. Los santiaguinos de todo este período constituían una población joven, con una natalidad vigorosa y la abrumadora presencia de personas menores de 50 años (poco más del 90%). Las mujeres estaban en una proporción algo mayor que los hombres (55%) en todos los tramos de edad<sup>9</sup>.

Entre 1880 y 1910, el paisaje urbano santiaguino se modificó en alguna medida, aunque solo superficialmente. En los albores del siglo XX, los solemnes edificios de oficinas públicas y bancarias, los parques, museos, luces y mansiones del barrio elegante, los carruajes públicos y particulares, daban

---

8 Sobre la transformación de la ciudad de Santiago, véase Armando de Ramón, *Santiago de Chile*, Mapfre, Madrid, 1992, capítulo La ciudad primada (1850-1930). También Armando de Ramón y Patricio Gross (comps.), *Santiago de Chile: características histórico ambientales, 1891-1925*, Monografías de Nueva Historia 1, Londres, 1985.

9 Luis Alberto Romero, *¿Qué hacer con los pobres?, Elite y sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895*, Sudamericana, Buenos Aires, 1997, pp.84-85. Incluye un cuadro con la composición etaria de la población de Santiago según el censo de 1895.

al visitante la impresión de estar en una capital moderna. Sin embargo, a poco andar emergía la verdadera cara de la ciudad, la cotidiana, respecto a la cual prevalecía un diagnóstico más bien sombrío. En medio de las celebraciones del Centenario de la Independencia, el profesor Alejandro Venegas describió a las “mejores ciudades” chilenas como “un amasijo de mármol y de lodo, de mansiones que aspiran a palacio y de tugurios que parecen pocilgas, de grandeza que envanece y de pequeñez que avergüenza” y se refirió al hecho que Santiago no había podido ocultar a las visitas “sus calles mal pavimentadas y cubiertas de polvo, sus acequias pestilentes, sus horrorosos conventillos que en vano trata de disfrazar con el nombre modernísimo de *cité*, sus interminables y desaseados barrios pobres, y en fin su aspecto de aldea grande y sencillota”<sup>10</sup>.

Por aquellos años, apenas un 20 % de la superficie total de las calles de la capital poseía pavimento en buenas condiciones y el desgaste de las aceras, “fósiles de la época colonial”, motivó continuos comentarios en diversas publicaciones de la época que insistían en la necesidad de sustituir el empedrado por uno que prestara mayores comodidades a los peatones. En 1901 Allende emplazó al municipio: “.../ ¿Por qué, señores ediles, / no hacéis componer las calles, / que hoyos, zanjas y basuras / las hacen intransitables? / ¡Dejar que los adoquines / se destruyan, se desgranen, / es crimen que no registra / nuestra Historia en sus anales!”<sup>11</sup>. Por si fuera poco, muchas calles, en especial las de la periferia, eran “verdaderamente intransitables por lo inmundas, por lo pestilentes”, de manera que Allende sugería al Ministro del Interior “que sería muy acertado cambiar las catanas de los guardianes del orden público (ahora del orden salúblico) por una escobita y un tarro de lata con un poco de arena...”<sup>12</sup>. Los malos olores también se relacionaban con hábitos firmemente arraigados entre la población y que ignoraban principios básicos de higiene, como la costumbre de muchos almaceneros y dueños de tiendas que durante la noche arrojaban sus aguas inmundas a la calle, generando focos infecciosos y miasmas.

En estas circunstancias, las enfermedades se propagaban con rapidez, sobre todo en los conventillos y ‘cuartos redondos’ que alojaban a gran parte de la población santiaguina y que no contaban con servicios de agua potable, alcantarillado ni baños públicos. Allende consideró a los tugurios y conven-

---

10 Dr. J.Valdés Cange (Alejandro Venegas), *Sinceridad. Chile íntimo en 1910*, CESOC, Santiago, 1998, p.182.

11 Romancero santiaguino, *El Sinvergüenza*, 23 de marzo de 1901.

12 Carta al Señor Ministro del Interior, *Poncio Pilatos*, 22 de enero de 1895.

tillos ubicados en el corazón mismo de la capital como una “lepra social” y “la negación más absoluta de la cultura y civilización de que tanto hacemos alarde”, responsabilizando de la miseria a los políticos y a los ricos, preocupados únicamente de lucrar con los arriendos<sup>13</sup>. En 1893 alertó al pueblo sobre “Matías Usura” Ovalle, dueño de los terrenos de la Población Ovalle en el Arenal: “... / Que sepa el pueblo conviene / que Ovalle a nuestros *rotillos* / por bajo precio les tiene / arrendados conventillos / que son modelos de higiene. // Edificados con guano, / en ellos verán ustedes / y tocarán con la mano / mucho pasto en las paredes / para el pueblo soberano. // Como el viejo millonario / ejercita el sacerdocio / de hacer bien al proletario, / con él hacen su negocio / el médico y boticario. //...”. Pero pobre del que se atrasaba en el pago del arriendo, pues Ovalle era capaz de despojarlo de sus escasos enseres y lanzarlo a la intemperie<sup>14</sup>. Los llamados de atención a las autoridades, en el sentido que “hay conventillos y cuartos de los llamados *redondos* que son verdaderos focos de inmundicia, pues sus dueños, aunque suelen ser muy ricos, no se preocupan gran cosa del estado en que vivan sus arrendatarios”, aparecen regularmente en los periódicos satíricos<sup>15</sup>.

Cada vez menos, la gente se movilizaba a pie por la urbe que se expandía vorazmente hacia los cuatro costados. Para acceder a los nuevos barrios ubicados en comunas también nuevas como Ñuñoa, Providencia, Chuchunco, Renca o Barrancas, el medio de transporte más utilizado era el ferrocarril de sangre, o sea, tranvías tirados por caballos. Este negocio era monopolizado por la Empresa del Ferrocarril Urbano -cuyos dueños eran los banqueros Matte-, que en 1889 mantenía 138 carros en servicio y contaba con nueve líneas principales de las cuales siete desembocaban en la Plaza de Armas<sup>16</sup>. El año 1900 comenzaron a operar los carros eléctricos, que Allende apodaría como

---

13 “Ni los políticos, ni los ricos ni nadie se preocupa en este país de esa lepra social que se llama el conventillo. La prensa solo habla de ellos cuando se ponen avisos, ofreciéndolos en venta y anunciando que producen el 20% de interés! Entre tanto, los tales conventillos y los tugurios en que vive el artesano y el hombre del pueblo, se llevan anualmente la mitad de la población; desmoralizan, enervan y prostituyen a los que sobreviven; mantienen el fanatismo y matan todo sentimiento noble y levantado”. Palabra de aliento, *Poncio Pilatos*, 18 de noviembre de 1893.

14 Don Matías Usura, *Poncio Pilatos*, 08 de septiembre de 1894.

15 Carta al Señor Ministro del Interior, *Poncio Pilatos*, 22 de enero de 1895.

La literatura acerca de esta lamentable realidad es abundante. Ver por ejemplo, Romero, *op.cit.*, De Ramón, *Santiago de Chile, op.cit.*, Mario Garcés, *Crisis social y motines populares en el 1900*, Documentas/ECO, Santiago, 1991, además de la gran cantidad de fuentes disponibles.

16 De Ramón, *Santiago de Chile, op.cit.*, p.188.

“carros matasanos” por considerar que atentaban contra los “pacíficos y honrados transeúntes”. Diez años más tarde circulaban por la capital 330 tranvías, la mayoría de ellos eléctricos.

Las características del servicio de los carros “inurbanos”, como los bautizó Allende, lo convirtieron en uno de los blancos predilectos de su sátira, con deficiencias que remiten a uno de los problemas estructurales de la historia de Santiago. Choferes malhumorados que no se detenían a tiempo, largas esperas, accidentes y atropellos formaban parte de las escenas habituales. A propósito del servicio brindado por los aurigas o cocheros nuestro cronista dirá que

“...nunca llevan sus cabalgaduras a un paso regular. Cuando no los llevan a tranco de buey, causando la desesperación de los pasajeros que van de prisa, lanzan los rocinantes a todo escape. Quiere subir un caballero, le hace señal al auriga de que detenga el carro; pero el muy bellaco, en sacar la mano debajo del poncho y apretar la palanca, echa un minuto largo, obligando al transeúnte a recorrer media cuadra, muchas veces por el fango, para lograr su objetivo, sucediendo en ocasiones que al poner el pie en la pisadera, el carro se mueve y el pasajero cae de espaldas y queda hecho un santo mocarro, perdido en el barro”.

Agregaba Allende que los cocheros decían “groserías y blasfemias de marca mayor” y se quejaba de esperas de una hora en la Plaza de Armas en medio de las burlas de conductoras y aurigas estacionados allí<sup>17</sup>. Asimismo, se manifestó contrario a que los tranvías circularan por las calles más concurridas con el resultado “que de continuo la prensa está dando cuenta de niños, señoras e inválidos, o muertos o mutilados por los tranvías de la empresa del monopolio”<sup>18</sup>. Molesta resultaba también la contaminación que ocasionaban los carros y coches, sobre todo debido a los caballos que hacían sus necesidades en plena calle, mientras permanecían detenidos largo rato en hileras frente a restaurantes, teatros, estaciones y otros lugares públicos.

---

17 Los carros urbanos, *Poncio Pilatos*, 18 de julio de 1893.

18 La empresa del gran monopolio, *Poncio Pilatos*, 26 de julio de 1894. En otra ocasión denunció que “uno de los carros *inurbanos* que corren, o mejor dicho, que se *desrielan*, por la calle de San Pablo, le cortó a un niño los dos brazos”. ¿Y van cuántos?, *Poncio Pilatos*, 27 de enero de 1894.

En 1895, la “infernial Empresa” fue cuestionada porque se negaba a recibir “las monedas de 20 centavos selladas en 1891”, en lo que “muchísimos pasajeros” en carta dirigida al primer alcalde de la municipalidad consideraban “un abuso que no debe tolerarse; porque si esas monedas son emitidas por el Estado, tienen que ser admitidas por todos, so pena de ir a la policía”<sup>19</sup>. Y por supuesto, Allende las emprendió contra las alzas del pasaje, como en 1885 cuando el de segunda clase se incrementó en medio centavo, lo cual consideró un descarado robo “a la sirvienta, al gañán, al soldado, al pordiosero, a todo aquel, en fin, que se cubre con el agujereado y tétrico harapo de la pobreza”. Frente a esto, el periodista aconsejó al pueblo “que a pedradas haga romper la despiadada, inicua y ladrona disposición que hoy ha tomado la Empresa del Ferrocarril Urbano”<sup>20</sup>. El año 1895, tras una nueva alza, denunció que cerca de un treinta por ciento del sueldo de un empleado quedaba en poder de la “empresa estafadora” y aprovechó de recordarle a sus propietarios lo ocurrido en abril de 1888 -el memorable ‘Incendio de los Carros’-, si no echaban pie atrás en su determinación<sup>21</sup>.

Punto aparte merecen las continuas referencias a las conductoras de los tranvías, no solamente en la prensa humorística de Allende, sino también en las lirias populares que se vendían en las calles y plazas. Se trató de uno de los primeros oficios desempeñados por mujeres en el espacio público, debido a lo cual a menudo fueron objeto de burlas y descalificaciones por parte de hombres acostumbrados a ser obedecidos, muchachos traviesos o prostitutas. En un verso atribuido a Bernardino Guajardo leemos que “... Insultos de los jerjeles / reciben a cada paso, / y ellas hacen poco caso / de semejantes lebreles. / Siendo en su servicio fieles, / no importa que las ramerás / las traten de madrineras / o de mujeres hombradas, / si honrosamente ocupadas / andan las niñas cocheras”<sup>22</sup>.

Quizás debido a experiencias personales desagradables en los carros, Juan Rafael Allende trazó pinceladas muy poco amigables acerca de las mujeres conductoras, tildándolas de pervertidas, maleducadas y ladronas. “A la conductora que trabaja en Agustinas y que en noches pasadas le robó el sombrero a un vendedor de *El Padre Padilla*, le prevengo lo devuelva si no quiere que publique su nombre y quede ante el público como ladrona”<sup>23</sup>. A propósito

---

19 Petición, *Poncio Pilatos*, 21 de febrero de 1895.

20 ¡Medio centavo!, *El Padre Padilla*, 19 de noviembre de 1885.

21 *Poncio Pilatos*, 06 de junio de 1895.

22 El Poeta Popular, *Las cocheras* [a mano dice “de Guajardo”], Am., I, 259.

23 Gacetilla, *El Padre Padilla*, 24 de septiembre de 1885.



de otra escribió “que era una india más fea que el pecado mortal” y sobre la mayoría de éstas que “parecen reclutadas en los burdeles de la orilla del río”. También las recriminó por no tener vuelto, cobrar de más y tratar groseramente a los pasajeros, en especial “si tienen que habérselas con señoras que no pueden darles una bofetada en el hocico”<sup>24</sup>. En 1895, calificó a las conductoras como el “cancerbero de esos purgatorios ambulantes” que eran los carros<sup>25</sup>.

En distintas oportunidades, Allende desaprobó sus coqueteos con los pasajeros, especialmente si eran *futres*, y las exhibió en tanto musas deseadas por parte de hombres de todas layas. “Soy conductora, / muy lindo oficio, / que alienta el vicio/ del dios Amor. / Todos los *futres* / me galantean, / todos desean / de mí un favor. / Uno me dice: / «linda chiquilla»; / y otro cosquilla / me hace al pagar; / y hasta el aceite / de mi carrito / cuánto mosquito / quiere chupar! / Un fraile mira / con desparpajo / si subo y bajo / para cobrar; / y algún vejete / como una parra / en mi pizarra / quiere apuntar. /...”<sup>26</sup>. A las conductoras de Valparaíso, en tanto, las catalogó de sinvergüenzas, sin delicadeza y sin respeto, “...mujeres pervertidas que todo el día y toda la noche van en el carro formando tertulia y cometiendo desórdenes”, mientras se preguntaba: “¿Por qué tantos jóvenes que pertenecen a distinguidas familias, se entregan a la vergonzosa tarea de seguir día y noche a mujeres tan pervertidas como son las conductoras?”<sup>27</sup>.

Tal vez, el lanzarse en picada contra las conductoras no era más que una artimaña de Allende para descargar su ira contra los carros y su dueño, considerando la animadversión declarada que profesaba a Augusto Matte<sup>28</sup>. No lo sabemos, pero sea como fuere, nos da cuenta de una profunda molestia

24 Los carros urbanos, *Poncio Pilatos*, 18 de julio de 1893.

25 De todo un poco, *Poncio Pilatos*, 04 de abril de 1895. En todo caso, Allende no fue el único que expresó sus reparos al servicio, tal como se puede apreciar en un verso del poeta popular Adolfo Reyes: “Una conductora dijo / que del recorte tenía / cien pesos y que quería / poner con despacho al hijo / por plata yo no me aflijo / repetía con afán / como viento en popa van / recortando con deseo / y de continuo las veo / pegando con el refrán”. *El refrán de las conductoras santiaguinas*, Lenz, 6, 24.

26 La conductora, *El Padre Padilla*, 02 de febrero de 1886.

27 Valparaíso, *El Padre Padilla*, 05 de junio de 1886. En otra ocasión lanzó un verso de alto calibre al respecto... pero en alemán: “Dass ich gestorben war dachten die Narren, / Wenn ich noch ganz vögelnlustig bin; / Nach den «Conductoras» fahre ich in den Karren, / Und meinen Schwanz dringe in ihren Löchern hin!”. Valparaíso, 27 de mayo de 1886.

28 Sobre la sátira de Allende a los Matte, Maximiliano Salinas, “¿Y no se ríen de este leso porque es dueño de millones!?: el asedio cómico y popular de Juan Rafael Allende a la burguesía chilena del siglo XIX”, en Revista *Historia*, vol.39, no.1, PUC, Santiago, 2006.

frente al mal servicio del transporte público, molestia que ciertamente sigue manifestándose hasta el día de hoy, pese a las promesas del Transantiago.

El Santiago de Allende todavía aparecía teñido de imágenes rurales y pueblerinas, con muchos animales extraviados en las callejuelas que vagaban por ellas en busca de algo de comida, especialmente perros. Can-Pino, el héroe de las populares *Memorias de un perro escritas por su propia pata*, publicadas por Allende en 1893, ilustra muy bien la visibilidad de estos habitantes de la ciudad y también los intentos por acabar con ellos a toda costa, como cuando narra el episodio de los guardianes que les administraban veneno para provocarles la muerte. La anécdota está inspirada en lo que en verdad acontecía, tal cual lo expresa, por ejemplo, una orden del prefecto de la policía emitida en 1896, donde se alertaba sobre el incremento de la hidrofobia y se disponía repartir 2.000 píldoras de estricnina “para que se les dé a los perros vagos que se encuentran en la calle”<sup>29</sup>. Los perros eran peligrosos, pero también eran inseparables de los vendedores ambulantes, de los niños de la calle, de los conventillos, de las plazas y baratillos.

El trajín urbano de carros y perros se completaba con los ires y venires de los comerciantes que en mulas, burros y caballos transportaban sus mercancías y alimentos de casa en casa, y con las carretas, carretelas y carretones que se dirigían a la Vega y al Mercado Central desde los campos aledaños a la capital. La misma Alameda conservaba un aire rural, con apenas un tramo donde abundaban los coches y los paseos aristocráticos, mientras “el resto de la hermosa avenida es triste, mal pavimentada y completamente desierta..., salvo las vacas que lleva algún tambero o las cocinerías que se improvisan para los trabajadores”, como observó un viajero francés en 1891<sup>30</sup>.

Allende las emprendió sobre todo contra las autoridades edilicias, responsables del mal funcionamiento de los servicios urbanos. “¿Regarán alguna vez la plazuela de la Merced? Parece que hay el propósito de dejar que se sequen los arbolitos, puesto que ni la pila tiene agua”<sup>31</sup>. Los alcaldes serán apuntados con el dedo una y otra vez por su indiferencia ante los problemas sociales, mientras los guardianes de la policía que debían cuidar el orden bri-

---

29 Oficio del Prefecto D. Sotomayor, Santiago, 2 de noviembre de 1896, AN, Intendencia de Santiago, Vol.158. En la actualidad, año 2008, de acuerdo a las autoridades sanitarias alrededor de 250.000 perros abandonados deambulan por las calles y caminos públicos de la Región Metropolitana...

30 Theodore Child, *Les republics hispanoamericaines*, París, 1891, en Romero, *op.cit.*, p. 41.

31 Gacetilla, *El Padre Padilla*, 17 de noviembre de 1885.

llaban por su ausencia y pasividad, dejando las calles oscuras a merced de los rateros. “Permitir que impunemente / los faroleros apaguen / las luces, y que nos dejen / nadando en oscuridades; / que a esos hombres que la vida / pasan durmiendo en la calle, / o estorbando en las aceras, / den el nombre de guardianes; / que estos mismos a la gente, / con estúpido desplante / se nieguen en ocasiones / *pacuno* auxilio a prestarle; / ... / muy a las claras demuestra / que los servicios locales / no están bien, como usted cree, / servidos, señor Alcalde. /...”<sup>32</sup>. Apreciamos, en definitiva, a un Allende inquieto por la administración de su ciudad, con calles mal iluminadas y sucias, policías descuidados y fuertes contrastes entre los palacios de los ricos y la miseria material de los barrios proletarios.

La antigua dinámica de ciudad chica se vio precisamente trastornada por las crecientes diferencias sociales. Comentará Allende en 1901 que “la insaciable ambición de los de arriba y la difícil lucha por la existencia de los de abajo han hecho del egoísmo una naturaleza común, que imprime en todos los chilenos un carácter verdaderamente animal”<sup>33</sup>. Al mal genio y egoísmo se sumaba una alarmante inseguridad en la calle, motivada por las precarias condiciones en que subsistían los *rotos* y que constituían el caldo de cultivo para la vagancia y el delito que aumentaban a la sombra de las mansiones de las familias pudientes. A juzgar por las noticias que difundían los diarios y también otros medios como la lira popular, la tranquilidad en la ciudad se vio perturbada en extremo por el incremento de los robos y salteos<sup>34</sup>. Allende dio cuenta de esta sensación ambiente en una vistosa caricatura, donde llamaba a la población a blindarse para evadir los atracos: “De mañana, a medio día, / en la noche, por la tarde, / ni a ninguna hora puede / andar nadie por las calles / sin exponerse a ser víctima / del panal de criminales / que por dondequiera van / dejando huellas de sangre. /.../ Si queréis, pues, feligreses, / que el pellejo no os taladren / ni en las calles, ni en las plazas / ni en vuestros propios hogares, / comprad la nueva armadura, / cueste ella lo que costare, / y vestid de puro acero! / Ea! todos a blindarse!”<sup>35</sup>.

En 1886, Allende advirtió que al frente del cerro Santa Lucía, el barrio San Isidro se estaba poblando de “una cantidad de mocitos vagabundos enemi-

32 Romancero santiaguino, *El Sinvergüenza*, 27 de marzo de 1901.

33 Malos síntomas, *El Sinvergüenza*, 09 de febrero de 1901.

34 Sobre este tema se puede consultar Daniel Palma A., “«La ley pareja no es dura». Representaciones de la criminalidad y la justicia en la lira popular chilena”, en *Historia*, Vol.39, no.1, PUC, Santiago, 2006.

35 Para andar por la calle, *El Padre Padilla*, 31 de diciembre de 1886.

gos acérrimos del trabajo y, por lo tanto, amigos íntimos de la ociosidad" que ponían en peligro "esa tranquila parte de la población que siempre ha sido el centro de la clase obrera más sana y moral de toda la ciudad de Santiago"<sup>36</sup>. En otra ocasión, acusó a la policía "que deja que las calles se llenen de muchachitos ociosos, que se adiestran en toda clase de picardías; juegan, pelean, roban y hacen rabiar a los pobres aurigas de los tranvías subiendo y bajando de los carros"<sup>37</sup>. Continuando por ese camino, era casi seguro que se transformarían en "futuros habitantes del Presidio o de las celdas de la Penitenciaría", cuestión que Allende reprobó reiteradamente, igual que la inclinación de muchos *rotos* al alcohol y la pendencia. "... ¿no es nuestro roto fumando su cigarrillo de hoja de maíz, al amor del brasero, y echando sus tacos de aguardiente, chicha o chacolí? (...) Y se emborracha, y roba, y mata, y va preso, y es azotado y marcha al patíbulo, exclamando: «Estaría de Dios, pues, que esto me sucediera!» (...) Son fatalistas por servilismo y por religión"<sup>38</sup>.

El ritmo acompasado y el aire bucólico de la ciudad se fueron disipando irreversiblemente a partir de la primera década del siglo XX. El movimiento invadió y trastornó la rutina urbana. Los pasos de los transeúntes, los bramidos animales, los gritos de vendedores, pasaron a un segundo plano ante el ruido de los motores, los bocinazos y el chirrido de los frenos de los tranvías eléctricos. El viejo Santiago provinciano se hallaba en retirada, con muchos de los problemas urbanos (transporte, infraestructura vial, vivienda, contaminación) sin resolver y que formarán parte del paisaje por muchas décadas más, relativizando el progreso pregonado por la oligarquía gobernante.

Las penosas condiciones de subsistencia de la mayoría de la gente, la inseguridad, el desaseo, en suma, develan lo poco preparada que estaba Santiago para responder al incremento demográfico y la escandalosa apatía e inercia de las autoridades. Si bien no faltaron quienes llamaron la atención sobre los problemas asociados al crecimiento urbano, motivando debates en torno a los temas de higiene, atención médica, delincuencia, alcoholismo, vivienda y precariedad laboral, el liberalismo hegemónico en los círculos gobiernistas se sustentó en el principio de la responsabilidad individual, según la cual cada persona debía hacerse cargo de sí misma. Esta matriz desembocó en una suerte de 'política social sin Estado', traspasando la obligación de estructurar el mundo del trabajo al mercado y la regulación de sus distorsiones a la filantropía y

---

36 Mocitos vagabundos, *El Padre Padilla*, 23 de marzo de 1886.

37 ¿Y van cuántos?, *Poncio Pilatos*, 27 de enero de 1894.

38 Estaría de Dios, *Poncio Pilatos*, 29 de junio de 1893.

la buena voluntad de los patrones<sup>39</sup>. En la ciudad ‘moderna’, cada cual debía salvarse como pudiera, en un clima volcado cada vez más al individualismo.

### III. LOS PERSONAJES DE LA VIDA DIARIA: PACOS, PIJES, TAHÚRES Y PROSTITUTAS EN SUS ‘SANTAS MANSIONES’

En el contexto de la expansión demográfica y espacial de Santiago, fueron quedando en el camino una serie de personajes típicos de la vieja ciudad colonial que se desvanecía. Allende, en una tanda de artículos que nunca concluyó (en realidad, solo publicó dos partes), se propuso explícitamente rescatar a los tipos populares que iban “desapareciendo del escenario de la vida, barridos por el Progreso” y así recordarlos, “para que sirvan a los historiadores de mañana de archivos de nuestra vida social”. Entre los personajes que Allende evocó con nostalgia, pues ya no circulaban por las calles de la ciudad, estaban el aguador, el petaquero, el mielero, el cigarrero (que vendía cigarrillos a *cuartillo el atado*) y el huachalomerero, “todos ellos de un tinte tan nacional”. Y agregaba que “pronto desaparecerán el bollero, el pequenero, el vendedor de morocho y hasta el legendario tortillero”<sup>40</sup>. Las cosas ya no eran como en el pasado que era rememorado con añoranza, mientras toda una legión de comerciantes ambulantes veía amenazada su pervivencia producto de los nuevos patrones de consumo. La moderna Empresa de Agua Potable, por ejemplo, “dio al traste con los aguadores, o vendedores callejeros de agua, a quienes la gente del pueblo llamaba aguateros”<sup>41</sup>. Muchos actos cotidianos se despersonalizaron; empresas y negocios reemplazaron la charla diaria que sostenían los habitantes con los vendedores.

En el nuevo escenario, otros personajes se fueron tornando más y más

---

39 Al respecto, es recomendable el planteamiento de Juan Suriano en la introducción al libro *La cuestión social en Argentina, 1870-1943*, Editorial La Colmena, Buenos Aires, 2004 (original de 2000).

40 Tipos populares, *El Tinterillo*, 14 de agosto de 1901.

41 Tipos populares, *El Tinterillo*, 17 de agosto de 1901. Agrega a propósito de los antiguos aguadores, que “llevaban a caballo dos barriles, de cuatro arrobas cada uno... Cada cántara de agua valía centavo y medio... El agua que por entonces bebía la gente de Santiago era la que venía por una acequia de la quebrada de Ramón, o si no, la turbia y sucia que arrastraba el Mapocho. (...) La gente pobre no gastaba en agua durante el invierno. Bebía la de las nubes, recogida de las goteras por cuanto trasto tenía a mano. Eso sí que el *agua del cielo* no sabía a gloria, sino que a orines de gato”. Véase también el libro de Oreste Plath, *Folclor chileno*, Santiago, 1962, con información sobre diversos vendedores ambulantes que animaban el paisaje urbano.

visibles en las calles. Conductoras y rateros, prostitutas, pijes y guardianes de la policía pasaron a formar parte del paisaje diario, mucho más que antaño, y los roces y complicidades entre ellos se tornaron habituales en los espacios públicos. Tal como ya hemos señalado, la matriz liberal individualista predominante en el país se expresó especialmente en la ciudad, que era gobernada por municipios que carecían de un poder efectivo. Los problemas se arreglaban con dinero, mediante el compadrazgo, en tratos directos. La reiteración, durante todo este período, de ordenanzas y decretos a propósito de asuntos como los accidentes ocasionados por los carros, el juego y los garitos clandestinos, el ejercicio público de la prostitución, la ebriedad en la calle y los escándalos, es un indicador del rutinario desafío a las normas. En este contexto, los prefectos y comisarios de la policía se alzaron como virtuales árbitros de todas las disputas que tenían lugar en la ciudad<sup>42</sup>.

El guardián de policía se convirtió en un personaje ubicuo, sobre todo a partir de la reforma de 1896, que dio origen a las Policías Fiscales en reemplazo de un abigarrado conjunto de cuerpos de vigilancia que operaban hasta entonces (guardia municipal, policía secreta, vigilantes privados, policías rurales). A partir de ese año, Santiago contó con una Sección de Seguridad a cargo de la investigación de los delitos y quedó dividida en diez comisarías que debían inspeccionar el radio urbano, lo cual realizaban principalmente a través de puntos fijos apostados cada cierta cantidad de cuadras. Ahí los guardianes o *pacos* hacían de las suyas, como se aprecia en la siguiente "cueca pacuna" publicada en el *José Arnerio* en un estilo que guarda estrecha similitud con el de Juan Rafael Allende.

El paco cuarenta y cuatro,  
Que hace servicio en Bandera,  
Se encarga de las sirvientas  
De toda la calle entera.  
Sirvientas de mano  
Y cocineras,  
No queda ninguna  
Que no lo quiera;

---

42 James Scobie plantea que en este período en América Latina, "quien en esencia gobernaba las ciudades era el jefe de policía, el comandante de guarnición u otro representante de la autoridad superior, pero no los concejales municipales". Cfr. su artículo *El crecimiento de las ciudades latinoamericanas, 1870-1930*, en L. Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, tomo 7, Crítica, Barcelona, 1991, p.227.

Que no lo quiera, sí,  
Paco dichoso,  
Todas lo pelean  
Porque es buen mozo.  
Arriba, pues, paquito,  
Tócame el pito.  
Al paco cuarenta y cuatro,  
Le suplican con afán  
Las sirvientas de Bandera,  
Que les dé su yatagán.  
El paco cariñoso  
Que es muy amable,  
A todas les ofrece  
Darles el sable;  
Darles el sable, sí,  
Y yo considero  
Que nada les puede dar  
Porque es bolsero.  
Arriba, paquito lacho,  
Tócame el cacho<sup>43</sup>.

Los testimonios abundan en alusiones a la vida licenciosa de los guardianes, lo cual, sumado a paupérrimas condiciones materiales (infraestructura, sueldos), impedía a la policía cumplir exitosamente con la responsabilidad encomendada. Allende preguntó en 1885: “¿no es una vergüenza que la Municipalidad de la aristocrática Santiago pague sueldos inferiores a los guardianes de sus bienes y vidas?”, y en seguida criticaba el hecho que los policías de Valparaíso ganaran más que los de la capital. Finalmente, exhortaba al municipio: “Fíjense también, señores míos, en que ustedes no les dan a nuestros aporreados pacos más que *dos* trajes de chaqueta y pantalón, y que en Valparaíso se les dan *cuatro* y bien elegantes”<sup>44</sup>. Los archivos están colmados de indicios sobre la funesta situación de la policía, aquejada de deficiencias materiales y con una alta tasa de deserción en sus filas debida a maltratos, indisciplina, enfermedad o abusos no tolerados (como el subido precio de los artículos que se vendían

---

43 Cueca pacuna (dedicada al 44 de la 1ª Comisaría), *José Arnero*, 07 de septiembre de 1905.  
44 La Policía de Santiago, *El Padre Padilla*, 01 de octubre de 1885.

en las pulperías de cada comisaría). Tampoco había pensiones para aquellos que dejaban el servicio.

Allende las emprendió especialmente en contra de las insuficiencias, la corrupción, los abusos de poder y la falta de profesionalismo de los funcionarios policiales, cuya dotación oscilaba entre los 1.500 y los 2.000 hombres hacia fines del siglo. A propósito de la falta de vigilancia en Santiago, narra la provocación que había sufrido su hermano Pedro 2° por parte de un grupo de ebrios entre los cuales había un capitán de artillería: “¿A quién recurrir en casos semejantes para evitar un atropello de gente envalentonada por la bebida? ¿A la policía? No se la ve por allí, ni siquiera una vez en el año por la Cuaresma. No hay más garantía para la propiedad y para las personas que el revólver y los puños”<sup>45</sup>. Se apela a la autodefensa para enfrentar el delito, dada la escasez de guardianes. “Más policía o más actividad en la policía, señor comandante. -se solicita en otra oportunidad- En la calle de Huérfanos, desde Morandé abajo, es más fácil encontrar un alfiler que un paco. En la calle de Gálvez, ¿para qué le digo nada? Ahí los pacos faltan en absoluto y los ladrones sobran”<sup>46</sup>. El diagnóstico era unánime y en todo tipo de fuentes se reiteran las peticiones por contar con más policías en las calles.

La escasa preparación de los guardianes y agentes secretos fue el motivo de variados artículos en la prensa de Allende. “La policía secreta en Estados Unidos, Francia, Inglaterra y otros países que marchan a la cabeza de la civilización moderna, la forman individuos de honrados antecedentes, de fino trato, de no escasa instrucción y que, por lo menos, hablan dos o tres idiomas extranjeros. ¿Cuál de nuestros famosos *comisionados* posee esas dotes y cualidades? Ninguno! ¿Qué han de poseerlas, si la mayor parte de ellos son hombres ordinarios, de última estofa, cuando no son bandidos jubilados? Pero, ¿siquiera tenemos algún comisario que sepa leer y escribir correctamente? Ninguno!”<sup>47</sup>. Investigaciones periodísticas de las primeras décadas del siglo XX probaron que esto de los “bandidos jubilados” no era una mera expresión retórica, acreditando con las sentencias judiciales el prontuario criminal de algunos selectos funcionarios policiales. Antiguos salteadores, entre ellos un compañero del Huaso Raimundo, “rateros conocidos” y ladrones de animales formaban parte de los hombres de confianza del jefe de la Sección de Seguri-

---

45 Gacetilla, *El Padre Padilla*, 04 de febrero de 1886.

46 Gacetilla, *El Padre Padilla*, 27 de abril de 1886.

47 Nuestra policía, *Poncio Pilatos*, 13 de junio de 1895.



dad de Santiago, Eugenio Castro, en las primeras décadas del siglo XX<sup>48</sup>. Con anterioridad ya Allende había pedido al prefecto de policía que despidiera a algunos mandos debido a sus antecedentes y conductas: “Hay en las comisarías / Unos tales comisarios, / Que parecen presidiarios / Por su hoja de picardías. / La policía secreta... / ¡Otra horda de ladrones! / Despida usted a esos sayones / Con carrera de baqueta”<sup>49</sup>.

Los límites entre el policía y el ladrón eran difusos. En la calle había que cuidarse de ambos: “Si vas de noche, lector, / por las calles de Santiago, / en más de un percance aciago / te hallarás a lo mejor. // Al doblar una avenida, / se te va encima un bandido / con el refrán consabido / «¡O la bolsa, o bien, la vida!» // Que tus gritos se desborden / pidiendo auxilio y favor..... / ¿quién te oirá, si el malhechor / es todo un guardián del orden? // ... // Oye: si a la calle sales/ en Santiago y alrededores,/ no huyas de los malhechores,/ sino de los policiales”<sup>50</sup>. Frecuentemente los guardianes aparecían involucrados con los gariteros, los proxenetas, los dueños de despachos clandestinos y prostíbulos. Así, el comisario Buenaventura Ramírez, despedido de la policía por sus faltas y bautizado por Allende como “Desventura Ramírez”, “...se ha hecho reo del delito que cometen los tahúres, pues que los protegió; los ha explotado miserablemente cobrándoles dinero, licores y hasta gallinas por *protegerlos oficialmente*; ha profanado la moral pública, ha traicionado al gobierno y a la Ilustre Municipalidad en el puesto de confianza en que lo habían colocado...”<sup>51</sup>.

En los sumarios a policías consultados en el archivo de la Intendencia de Santiago los hay por rencillas entre guardianes y agentes; por acudir al servicio en estado de ebriedad, encontrarse en cantinas en horas de servicio o provocando desórdenes estando borrachos; por incumplimiento de deberes (por ejemplo, no haber actuado ante un robo); mala conducta, insubordinación o negligencia. Igualmente habituales eran las imputaciones por maltratos y violencia, como aquella que pesó sobre el sargento Manuel Antonio Vallejos, “un mandón de mínima cuantía”, sindicado en una carta dirigida al *Poncio Pilatos* como un sujeto cruel e inhumano que abusaba de los ebrios que llegaban a la comisaría<sup>52</sup>. En fin, los guardianes y agentes de la Sección de Seguridad

48 Se puede consultar el texto de Roberto Mario (seudónimo de Carlos Pinto Durán), *La corrupción de la Policía Secreta de Santiago*, Imprenta «La Tribuna Ilustrada», Santiago, 1917, donde detalla uno por uno los cargos contra Eugenio Castro y sus subalternos.

49 Al nuevo prefecto de policía, *Poncio Pilatos*, 17 de julio de 1894.

50 Las dos Policías, *El Padre Padilla*, 02 de marzo de 1886.

51 Un comisario josefino, *Poncio Pilatos*, 16 de agosto de 1894.

52 El Sargento Vallejos, *Poncio Pilatos*, 06 de enero de 1894.

no pasaban desapercibidos en los espacios públicos de la ciudad, volviéndose comunes los enredos en que aparecían envueltos.

Entre los mayores escándalos, siempre en la óptica de Allende, estaba la concertación "rame-paco" entre prostitutas y guardianes. En 1901 se quejó ante el alcalde de Santiago: "... / Otra cosa que es notoria, / y que usted muy bien lo sabe, / es que hacen vida común / rameras y policiales, / y aquellas son complacientes / con éstos para que callen / lo que vean, y las dejen / de usted y demás burlarse. / Es, señor, este comercio / *rame-paco* insoportable, / y obligado corolario / son sus consecuencias graves. /..."<sup>53</sup>. Ciertamente, el comercio sexual se desarrollaba en forma prolífica en la capital con la complacencia de la policía. "Ya no se pueden tolerar por más tiempo los desórdenes que se cometen todas las noches en el café de la Rosa, Cañadilla 93. El vecindario vive en un hilo. Los policiales son los principales promotores de los escándalos...", comentaba *El Padre Padilla* en 1885<sup>54</sup>. Vicente Grez señaló en la década de 1890 que la prostitución "vivía al aire libre, se paseaba en bandadas por los barrios más centrales"<sup>55</sup>. Un estudio sobre el tema identificó unos 340 lugares dedicados al comercio sexual entre 1897 y 1927, cifra que se incrementaba a aproximadamente 430 si se contabilizan los que existían antes de 1897<sup>56</sup>. El diario radical *La Ley* indicaba que en "todos los barrios..., sin excepción de los más centrales, existían burdeles", agregando que "Santiago se pudría por sus cuatro puntos cardinales" y que "durante las horas del día las mujeres que en ellos habitan se sitúan en las puertas de calle con el objeto de exhibirse"<sup>57</sup>.

La presencia de las "hijas de la noche" en las calles era un hecho consumado que motivó la presentación de cartas de muchos vecinos a las autoridades de Santiago, con reclamos y protestas contra las gentes y lugares "de mal vivir". Unos comerciantes del centro escribieron al Intendente que "desde hace algún tiempo a esta parte la primera cuadra de la calle del Estado desde la calle de Huérfanos a la Plaza, es decir, la parte más central de Santiago, se halla convertida en sucursal del Río. Desde las ocho de la noche, ninguna persona decente -menos señoras- puede atreverse a pasar por allí, por la cantidad de mujeres de mala vida que en plena calle hacen su inmundito negocio. Comerciantes de esta cuadra creemos tener el derecho que Ud. señor tome las medi-

---

53 Romancero santiaguino, *El Sinvergüenza*, 27 de marzo de 1901.

54 Gacetilla, *El Padre Padilla*, 01 de septiembre de 1885.

55 Citado en Álvaro Góngora, *La prostitución en Santiago (1813-1930). Visión de las elites*, Universitaria, Santiago, 1999 (2ª edición), p.44.

56 Idem., p.49.

57 *La Ley*, 10 de junio de 1895, citado en ídem., p.123.

das porque cese cuanto antes este escándalo poco digno del barrio más central de la capital de la República”<sup>58</sup>. La prostitución no se alojaba únicamente en los lenocinios sino también en casas de citas, hoteles, en la trastienda de restaurantes y en los cafés asiáticos, establecimientos con patente municipal de cantina o café regentados por chinos, que habilitaban cuartos para el sexo furtivo. Un total de 192 cafés chinos y casas de prostitución fueron puestos a disposición de los juzgados por desórdenes, solamente en 1893<sup>59</sup>.

Allende en reiteradas ocasiones dio cuenta de la vida desenfadada de las mujeres dedicadas al comercio sexual. En 1886, reconvino a “las descocadas y sucias damiselas de la calle del Mapocho” y observó que “solo una ramera es capaz de andar con chismes por la vecindad. Solo las rameritas no conocen la vergüenza. Solo las rameritas no respetan a sus padres, a sus hermanos y parientes”<sup>60</sup>. Una década después, alertó a los transeúntes del sector alledaño al Mercado Central: “No faltará alguno de mis carísimos lectores que se haya visto más de una vez en el caso de pasar por la calle del Ojo Seco, calle formada de inmundos tabucos habitados por prostitutas de la peor especie, pues son de esas que arroja ya por *inservibles* la ola de la corrupción. El que por desgracia se ve en la necesidad de pasar o distraídamente pasa por esa calle, no se escapa de oír los requiebros groseros y los ¡pist! de esas alegres niñas que pugnan a porfía por ofrecerle sus encantos en cambio de su bolsa”. Pero cuando eran rechazadas, “...las sirenas se convierten en harpías y los requiebros en pedradas e insultos como ellas solo saben decirlos”<sup>61</sup>. En general, se escarnece a las prostitutas y hay muy pocas alusiones a los abusos inherentes al oficio<sup>62</sup>.

Particularmente duro fue Allende con las *niñas* remoledoras de la Calle Nueva del puerto de Valparaíso. Si bien en este caso nos alejamos de la capital, las crónicas son ilustrativas del papel que desempeñaba la prostitución

---

58 Carta de doce comerciantes al Intendente, Santiago, octubre de 1901, AN, Intendencia de Santiago, Vol.211.

59 Memoria de la Prefectura de la Policía de Seguridad correspondiente al año 1893, Santiago, 15 de febrero de 1894, AN, Intendencia de Santiago, Vol.125.

60 Gacetilla, *El Padre Padilla*, 05 de enero de 1886 y Una mentira gorda, *El Padre Padilla*, 25 de febrero de 1886.

61 Como las rameritas, *Poncio Pilatos*, 20 de junio de 1895.

62 Uno de los escasos ejemplos es un poema firmado por M.C., donde se señala: “... / Compasión...! Pobre niña abandonada, / que vive condenada / a lucir entre ceno, / a sonreír con el placer ajeno!... // Me llaman libre y vivo prisionera; / de otra mujer es la belleza mía / solo soy mercancía / del que comprarme quiera. /...”. La prostituta, *El Padre Padilla*, 24 de diciembre de 1885.

en la ciudad y de la visión de nuestro autor al respecto. Por lo demás, la descripción del ambiente porteño no difiere mayormente del barrio Mapocho, de los burdeles del sector Eleuterio Ramírez o de la Estación Central de Santiago. “No hace más que morir el día y ya principian a abrirse las puertas de las moradas de esas infelices mujeres, para ostentar sus rostros estucados y asquerosos. (...) Hay burdeles en la célebre calle Nueva que dan cabida a trece desgraciadas, que ganan su vida por medio del vicio. He aquí una pequeña nómina de las casas de tolerancia sitas en la expresada calle, acera del mar, donde se remuele sin dar tregua: la de la Serenense Emilia, la de la Mercedes, la de la Adelina Rubilar (alias la Payasa), la de la María Piojo, la de la Cara de Macho, la de la María Contreras, la de la Carmen Arteaga, la de la Carmen Torres y qué se yo cuántas otras que jamás acabaría de enumerar. Tiempo es ya que la policía ponga coto a los desórdenes y zalagardas que denunciarnos y que noche a noche se forman en estas santas mansiones”<sup>63</sup>. La individualización de las prostitutas porteñas en el periódico generó un profundo disgusto en contra de su editor, quien dirá que “...las ninfas de la noche se han enfurecido conmigo”<sup>64</sup>. Sin amilanarse, no obstante, dio a luz los bocetos de algunas de ellas. “Vetusta, hedionda, asquerosa / y tirando mucha prosa, / se pasea sin empacho / esa mujer horrorosa / llamada Cara de Macho. // En la calle de Maipú / do no reina la virtud, / en un burdel de rameras / pervierte a la juventud / la Mariquita Contreras. // Y en casa de la Piojenta, / do de honor no hay una tilde, / noche a noche se haya en venta / la corrompida Clotilde. /...”, rematando con la frase “yo creo que en la calle Nueva hay más mujeres prostitutas que honradas”<sup>65</sup>.

Allende, en vez de desgastarse en pedir más sanciones para poner atajo a “este desgraciado vicio” o cargar sobre una policía cuyas condiciones materiales y morales ya conocemos, planteó la necesidad de reglamentar la prostitución y así “[a]minorar los males que produce”<sup>66</sup>. No podía ser de otra manera, considerando que la modernización urbana atraía a más y más potenciales clientes que difícilmente renunciarían a sus costumbres. La protección que el político liberal Isidoro Errázuriz dispensaba a una casa de remolienda

---

63 Valparaíso, *El Padre Padilla*, 17 de octubre de 1885.

64 La Calle Nueva, *El Padre Padilla*, 22 de octubre de 1885.

65 Valparaíso, *El Padre Padilla*, 17 de noviembre de 1885 y Valparaíso, *El Padre Padilla*, 03 de diciembre de 1885.

66 La prostitución, *El Padre Padilla*, 05 de diciembre de 1885.

santiaguina era un secreto a voces, mientras que la visita al lenocinio era uno de los panoramas fijos para los grupos de hombres solos de cualquier nivel social. El burdel se había vuelto inseparable de la ciudad y jugaba un importante rol en las redes sociales de muchos de sus habitantes, incluyendo a parlamentarios y ministros de Estado<sup>67</sup>. Remitiéndose a las legislaciones adoptadas en Francia, Estados Unidos y Argentina, la propuesta de Allende concibió a la prostitución como un ‘mal necesario’ que había que tolerar y normar en relación a sus efectos más amenazantes para la población, como la transmisión de enfermedades venéreas. En sintonía con la mirada de la elite, su diagnóstico asumía que había que resignarse al vergonzoso espectáculo diario de las prostitutas, procurando neutralizar sus efectos colaterales.

Habitués de las casas de remolienda eran los pijes, personajes urbanos propios de los nuevos tiempos, donde la ostentación y el derroche se habían convertido en atributos para sobresalir en la sociedad. Se trataba por lo común de jóvenes de familias adineradas que se lucían en las plazas y portales del centro, aunque también los hubo de familias de alcurnia venidas a menos o en calidad de meros aspirantes a la vida fácil. Se volvieron tristemente célebres en vista de su ociosidad y los escándalos protagonizados en la vía pública. Era corriente, por ejemplo, encontrarlos pechando a los demás. “En la plaza o el portal / Te encuentras con uno de esos / Medio pillos, medio *lesos*, / Y un abrazo fraternal / Te da, y luego aquel zorzal, / Que te cree un alma de estopa / Te vuelve el cerebro sopa / Hablándote del calor... / ¿Y qué espera el buen señor? / Que le brindes una copa”<sup>68</sup>.

Santiago fue una tierra fecunda para el pije, con rutinas y espacios que facilitaban sus alardes. Comparando a la capital con Valparaíso, Allende consideró que “en materia de lujo, los porteños no son tan cándidos como nosotros. Allí se preocupan todos del negocio y del trabajo, y no de andar de *futre encolado*”<sup>69</sup>. Un prototipo era Rosalindo, el personaje central de la novela *Vida y milagros de un pije*, publicada por Allende en las páginas del *Poncio Pilatos* en 1893. He aquí su presentación: “No sólo los santos hacen mila-

---

67 Eduardo Balmaceda Valdés, por ejemplo, menciona una “casa de fuste” regentada por la peruana Jesús Cedrón, donde “...se comían, con especialidad, exquisitos guisos peruanos en bien aderezada mesa; en ella la concurrencia de cortesanos era de selección. Y en la de clientes varones se podían contar con frecuencia grandes señores, Ministros de Estado, Parlamentarios y no pocos petimetres que con su alegre y brillante juventud eran mimados por la dueña de casa...”. En *Un mundo que se fue...*, Andrés Bello, Santiago, 1969, p.159.

68 Cada cual pide para su Santo, *El Padre Padilla*, 05 de octubre de 1884.

69 La Policía de Santiago, *El Padre Padilla*, 01 de octubre de 1885.

gros: nosotros los pijes hacemos a lo menos uno al día para resolver el difícil problema de tener dónde vivir con decencia, cómo vivir con elegancia y con qué comer y beber sin gastar un centavo". Sus padres habían sido "nobles y ricos", pero sucumbieron al juego y la enfermedad, de modo que Rosalindo quedó huérfano "y sin más fortuna que mi educación recibida en el Seminario". Más encima -afirma este pije- "no sé trabajar. Sólo sé rezar"<sup>70</sup>. En estas condiciones, su vida se desarrolló engañando a los demás y a costillas de los inocentes que caían en sus tretas.

La decencia, la elegancia debían reflejarse en la apariencia exterior del pije. "...// Y está tan *lindo* y tan *bello* / que... merece descripción: / *media* chaqueta, gran cuello, / *tres cuartos* de pantalón, // sombrero enorme, calzado / de puntas amenazantes, / pañuelo al pecho asomado / grueso anillo de oro, guantes, // y... en fin, para terminar, / a más del débil junquillo, / a veces suele llevar... / ¡diez cobres en el bolsillo! //..."", es la semblanza que nos ofrece Allende<sup>71</sup>. Y Rosalindo expondrá que "un pije sin guantes es un gato sin uñas"<sup>72</sup>. El pueblo se burlaba de estos personajes y su afán por emular las modas europeas, al punto que "con tal de imitar a los figurines parisienses, nuestros futrecitos no tienen miedo al ridículo. Por eso un día se visten con pantalones y blusitas tan apretados que parecen *arrollados*"<sup>73</sup>.

A Allende le fastidiaba la vistosidad de los pijes y el hecho que mientras todo el mundo debía trabajar, éstos vivían en la holgazanería, bebiendo en los cafés y enamorando en los burdeles, teatros, paseos públicos y portones de las iglesias. "La juventud dorada, esos niños mimados, nacidos en colchón de plumas y entre sábanas de Holanda, que, como los perros sin amo, entran y salen de todas partes formando escándalos que la familia no trata de corregir ni la policía de castigar; esos mocitos diablos van a encontrar en mí la horma de su zapato. No es posible tolerar por más tiempo a esos vagabundos que pululan en el comercio, en el teatro, en la puerta de las iglesias, *pololeando* descaradamente al género humano..."<sup>74</sup>.

Para muchas mujeres que debían transitar en torno a los sitios concurridos por los pijes, como el portal Fernández Concha de la Plaza de Armas, la experiencia era incómoda debido al acoso que sufrían. "No hay niñas, siendo

---

70 Juan Rafael Allende, *Vida y milagros de un pije* (1893), Tajamar Editores, Santiago, 2002, pp. 87 y 88.

71 El pije, *El Padre Padilla*, 31 de julio de 1886.

72 En *Vida y milagros de un pije*, p.88.

73 Gacetilla, *El Padre Padilla*, 07 de noviembre de 1885.

74 La Jeunesse Dorée, *El Padre Padilla*, 29 de julio de 1886.

de buena carita, que, al pasar por las horcas caudinas formadas por los pijes, no sean atacadas por un fuego graneado de piropos de tan poco decente gusto que rayan en groseros e inmundos. (...) Cuando veo a esos tipos agrupados como enjambre de zánganos en los portales, no sé qué admirar más: si su cínic-a desvergüenza o si su jobina paciencia para pasarse las horas muertas char-lando estúpidamente y lanzando más estúpidas pullas a las señoras y señoritas que van a las tiendas. (...) Y si la joven que se atreve a recorrer los portales es de pobre aspecto, los pijes olvidan toda clase de miramientos; la rodean, la acorralan, la tironean, la desapretinan y la hacen desesperarse, a vista de todo el mundo, y muy en particular de la policía, que los respeta porque parecen caballeritos”<sup>75</sup>. El pije importunando a las mujeres transeúntes, sumido en una farra sin horarios, se erigió, de esta manera, en un icono más de la nueva dinámica urbana.

En la visión de Allende, era indignante observar cómo los pijes, al amparo de su posición social, lograban zafar de la policía cuando provocaban desórdenes. “Si las contingencias de aquellas diarias orgías los ponen a disposición de la justicia policial, entonces, algunas cuantas monedas o un apellido aristocrático pronunciado con altivez en la comisaría, les hacen *cumplida justicia* y les abren las puertas de la cárcel”. Esta situación motivó una dura crítica social, centrada en la falacia de la proclamada ‘igualdad ante la ley’ (cuestión que atraviesa los escritos de nuestro autor).

El modo de vida de los pijes y su tolerancia social nada más reflejaban la decadencia moral de la oligarquía, tal como la percibieron otros contemporáneos y la describió Luis Orrego Luco en su novela *Casa grande* de 1908. El pije, en ese sentido, encarnó al burgués que para guardar las apariencias se valía de todo tipo de artilugios, incluyendo el engaño, la corrupción, el robo y la estafa. Los pijes -tan gráficamente definidos por Allende como un “enjambre de zánganos”- eran la manifestación palpable de una elite, cuyos delitos solían quedar sin sanción. “¡Y ellos son grandes borrachos, grandes tahúres, grandes seductores, grandes ladrones, porque también es grande su impunidad! ¡Y ellos empiezan robando cuanto encuentran a mano en casa de las rameras, robando en el juego con hábiles sutilezas de manos, robando en las carreras con las más indecorosas trampas urdidas con los jinetes y dueños de caballos, robándoles el honor a las pobres hijas del pueblo, para terminar robándose centenares de miles de pesos en las oficinas fiscales!”<sup>76</sup>. No obstan-

---

75 La Jeunesse Dorée, *El Padre Padilla*, 10 de agosto de 1886.

76 Los buenos muchachos, *Poncio Pilatos*, 30 de noviembre de 1897.

te, en la prensa 'seria' y en el gobierno, la delincuencia sería invariablemente achacada al pobre urbano.

La desigualdad social entre el rico y el pobre se expresaba en forma particularmente nítida en el ámbito del juego, ese hábito inveterado que atrapa a *decentes* y *rotos* por igual. Los más populares eran el monte, la treinta y una, brisca, póker, bacarat, billar y bolas<sup>77</sup>. Se jugaba en todas partes, en la calle -los jugadores al monte, por ejemplo, aparecen regularmente entre los detenidos por la policía-, en chincheles y garitos clandestinos y en elegantes salones. Allende echó al agua a varios de estos lugares. "En la plazuela de la Recoleta, costado poniente, hay un garito sobre el cual llamo la atención de la policía, puesto que en él se descuera sin piedad a pobres campesinos o peones. Después de trabajar toda la semana, estos infelices entran ahí a tomar una copa de chicha; pero luego se les invita más adentro y se les convida a jugar; es decir, a perder hasta la camisa"<sup>78</sup>. Igual cosa sucedía en el barrio sur, en las inmediaciones del Matadero, donde había "una infinidad de garitos" en que "se despluman los prójimos descaradamente a vista y paciencia de la policía"<sup>79</sup>. Preocupaba el destino de los que perdían todo en un dos por tres y el enviciamiento que impulsaba al delito para conseguir dinero y seguir jugando; todo esto a vista y paciencia de una policía que por lo común apareció estrechamente vinculada a los gariteros.

Allende consideró que el vicio del juego se había extendido entre los *rotos* como un efecto de imitación de las costumbres de los ricos. Planteó derechamente que "...las epidemias morales nacen y se desarrollan en los palacios de la aristocracia para en seguida desparramarse por entre los hogares del bajo pueblo", denunciando que "hasta no hace mucho tiempo el pueblo chileno era solo borracho, pero no tahúr". Ante los "malos ejemplos" y a sabiendas de las gruesas apuestas en las carreras del Hipódromo y en los clubes exclusivos, "el pobre pueblo ha dejado de jugar a las chapitas y al mata-sapo, juegos perseguidos por la policía, para ir al Club Hípico a jugar hasta la cotona el juego de la aristocracia"<sup>80</sup>.

Una vez, el Negro -el animado compañero de juega del Padre Padilla- llegó llorando a mares porque lo habían dejado "limpiecito" en el Club Hípico, donde se ofrecían "escandalosos ejemplos de descueramiento", peores que en

---

77 Conferencias militares. Los juegos de la guerra, *Poncio Pilatos*, N°82, 83, 85 y 86, diciembre de 1893.

78 Gacetilla, *El Padre Padilla*, 03 de octubre de 1885.

79 Cosas de la capital, *El Padre Padilla*, 11 de marzo de 1886.

80 ¡Por piedad!, *El Padre Padilla*, 16 de septiembre de 1884.



los garitos clandestinos. Su reflexión es reveladora de las diferencias a la hora de sancionar a los jugadores: “Que se reúnan siete u ocho rotitos y se pongan a jugar al monte o a las chapitas.... ¡Jesús! que crimen! ¡Tahúres indecentes! ¡Perdiendo al juego lo que han ganado con el sudor de su frente! ¡Pataplún! se descuelgan veinte policiales, los cogen al descuido, brillan los chafarotes, caen sobre robustos lomos, y ¡a la policía por tahúres! Pero hay carreras en el Club Hípico. Cinco mil jugadores cambian apuestas gordas, miles de miles de pesos; durante un minuto o dos, diez mil ojos penden de una veintena de patas;... (...) ¿Y la policía? (...) La policía está allí, es cierto, pero está guardando las espaldas de los jugadores y haciendo por que los rotos no vayan a interrumpirlos en sus *inocentes* juegos”<sup>81</sup>. La justicia y la policía actuaban con criterios clasistas.

A lo largo de las décadas finales del siglo XIX, se constató el incremento de garitos regentados por jóvenes pertenecientes a la oligarquía a los que acudían hombres prominentes de la política chilena. El doble estándar de éstos sería puesto en evidencia en más de una oportunidad por parte de Allende, quien conoció estos ambientes. “Penetramos a un lujoso salón de uno de los garitos más grandes de Santiago, que la autoridad protege porque allí no juegan *rotos* sino caballeros de la aristocracia. (...) Allí vi con mis cinco sentidos puestos en el tapete verde, diputados y senadores que en el día, desde sus tribunas, claman furibundos contra el vicio, exigiendo a las autoridades las medidas más enérgicas para combatirlo, y en la noche lo practican de la manera más abominable”<sup>82</sup>. En 1894, a raíz de la prohibición del juego, abogó por los derechos de los *rotos*. Dialogando con el Negro dirá que “la ley, en esto de castigar tahúres, ha ido más allá del derecho individual, y todavía haciendo irritantes excepciones, ya que no castiga a los que en público juegan en el Club o en las *canchas* de carreras”. Planteó, finalmente, que cada cual podía gastar su dinero en lo que quisiera<sup>83</sup>.

Es muy posible que a estas alturas se tenga la impresión que la ciudad y sus personajes no tenían mucho que ofrecer a la risa, que la vida no se celebra-

81 Tahúres al aire libre, *El Padre Padilla*, 10 de septiembre de 1885.

82 En alas del diablo, *Poncio Pilatos*, 10 de enero de 1895. En otra descripción Allende cuenta que “durante las tres horas que estuve en el garito, vi lo que ahí pasaba: unos llevaban dinero; los que no lo tenían, pero sí *crédito*, firmaban pagarés, y hasta se vendían con algún descuento. Los que no tenían ya medios para contraer nuevas obligaciones vendían ahí mismo especies, como ser: corbatas, libros, bastones, pañuelos, guantes, frascos de esencias, etc., etc.....”. Pensionado de San Juan Evangelista, *Poncio Pilatos*, 17 de abril de 1894.

83 El juego en Chile, *Poncio Pilatos*, 04 de agosto de 1894.

ba, que unos pocos se divertían y el resto se chupaba el dedo. Efectivamente, hasta aquí hemos podido apreciar un discurso satírico de Allende que apela al humor más bien sarcástico y grave y, antes que todo, a la crítica social. No se vaya a pensar, sin embargo, que nuestro periodista era un tipo amargado que sólo veía problemas y lacras a su alrededor. Claro que había temas que lo apasionaban y al escribir sobre éstos adoptaba un lenguaje de trinchera, pero Allende también salió en busca de personajes y recovecos de la ciudad donde sobrevivían o se reinventaban viejas tradiciones y sociabilidades en un ambiente animado y fiestero, como ajeno al vértigo de los nuevos tiempos y sus infinitas carencias.

#### **IV. ‘¿DIVERTIRSE, HIJITOS, QUE DESPUÉS DE ESTA VIDA NO HAY OTRA!’: LA JARANA URBANA.**

A partir de las andanzas de Juan Rafael Allende por Santiago, podemos señalar que la vida social transcurría en las calles, plazas y portales, en los comedores del Mercado Central, en torno a la Vega, en restaurantes y despachos, en espectáculos circenses y paseos domingueros al Resbalón o a los baños de Apoquindo. Pese a que este tema no aparece sistemáticamente en los periódicos y las alusiones son más bien esporádicas, hay de todos modos indicios interesantes para reconstruir la dinámica urbana más allá de los lugares comunes referidos a las diversiones de la oligarquía ‘afrancesada’.

Allende circulaba mayormente por el centro de la capital, con sus “palacios marmóreos”, portales y *picadas* de todo tipo. En 1891, la Plaza de Armas era, según el viajero Child, “el centro del movimiento santiaguino, el término de la carrera de los tranvías, la gran estación de los coches, el paseo de lujo de la tarde, mientras toca en el kiosco una banda de músicos”<sup>84</sup>. Allí confluían *rotos y decentes*, pijes que, como vimos, se hacían los lindos con cuanta mujer cruzaba frente a su vista y ladrones *escaperos* que desplumaban al incauto, prostitutas que se insinuaban a los transeúntes y beatas que se paseaban frente a la Catedral. El bullicio se trasladaba después de las 10 de la noche, cuando las puertas de hierro de la plaza eran cerradas por temor a los rateros. Otros barrios que hacen de telón de fondo de la crónica urbana de Allende eran los de Mapocho, conocido por la proliferación de prostíbulos y cafés chinos; el de la Recoleta que era “el más pechoño de la populosa Santiago”, por las muchas

---

84 Citado en Romero, *op.cit.*, p.41.

iglesias apostadas allí; y, en el límite sur de la ciudad, el barrio del Matadero, de fama siniestra debido a los numerosos salteos que allí tenían lugar, por lo que el propio Allende lo definió como “...ese serrallo de odaliscas de escapulario al pecho y puñal a la cintura, que en un dos por tres destripan a un cristiano como destripan a un buey”<sup>85</sup>.

Uno de los ejes de la vida popular era el Mercado Central, que desde 1872 funcionaba en el mismo recinto que lo cobija hasta el presente. Como bien indica Romero, el creciente cosmopolitismo, “...no desterró, sin embargo, aquel corazón de la ciudad hispanocriolla, aristocrático y popular a la vez, que latía en el Mercado, pese al moderno edificio metálico que lo encerraba. Entre los puestos de carnes, aves, pescado o verduras había «cocinerías para la cazuela de ave, al mediodía»; al amanecer «robustas placinas» servían chocolate espumoso y tostadas con mantequilla rancia con los que se fortalecían los peones del mercado que comenzaban su jornada, o los elegantes que concluían su fiesta”<sup>86</sup>.

Aquí se expendían las comidas típicas, en contraste con la cocina francesa que acaparaba las mesas de los hoteles y de los ricos. En el Club de la Unión, decía un articulista en 1902, “los buenos platos chilenos han desaparecido ya, y cedido su lugar a platos franceses, mal hechos y con unos nombres que Moya los entiende”<sup>87</sup>. Allende, en cambio, festejó reiteradamente las delicias del Mercado, donde a falta de la elegancia de los platos galos campeaban los sabores nacionales: “...// En un aseado desván / y frente a una pobre mesa / pedí a una mujer obesa / un plato de charquicán. // No era muy limpio el mantel, / ni la vajilla muy fina; / pero de aquella cocina / salía olor a clavel. // ¡Qué charquicán tan sabroso! / con porotos y choclito, / perejil y oreganito... / tentaba al menos goloso. // ... // ¡Oh! la cocina francesa... / mucha salsa y salsifis!..... / la cocina del país..... / ah! déjeme usted con esa!”<sup>88</sup>.

Este sitio emblemático de la sociabilidad popular también era frecuentado por los *futres* enfiestados. En 1885, por ejemplo, Allende cuenta cómo tras “un grandioso baile de fantasía” en la casa palacio de calle Dieciocho del señor Echaurren Valero, se dejaron caer los asistentes al Mercado: “Un

---

85 Gacetilla, *El Padre Padilla*, 08 de diciembre de 1885 y Don Miguelito, *Poncio Pilatos*, 07 de febrero de 1895. Acerca del “espíritu de los barrios” de Santiago, Carlos Franz, *La muralla enterrada (Santiago, ciudad imaginaria)*, Planeta, Santiago, 2001.

86 Romero, *op.cit.*, p.40.

87 Colaboración, Charlas, *El Diario Ilustrado*, 14 de junio de 1902.

88 Las dos cocinas, *El Padre Padilla*, 11 de febrero de 1886. El verso aparece firmado por Mateo Campusano.

espectáculo insólito se presentaba a aquella gente que maravillada lo contemplaba. Condes, marqueses, príncipes y reyes vestidos de rasos y terciopelos bordados con oro y pedrerías (aunque falsas) y un gran número de tipos de otros tiempos y otras edades bullían en las chocolaterías del Mercado Central, el uno atacando furioso un pequén de a 3 cts., el otro engullendo empanaditas fritas, el de más allá alzando un vasito de anisado, y tomando chocolate los más moderados<sup>89</sup>. Para componer la caña se recomendaba especialmente la “chupilca”, que consistía en un gran vaso de chicha de manzana con azúcar y harina de trigo fresquita<sup>90</sup>.

Cruzando el puente, la Vega era el gran centro distribuidor de los frutos del país. Desde el 10 de octubre de 1900 contó con galpones, donde diariamente llegaban entre 250 y 300 carretas con provisiones de legumbres y unas 100 con frutas. Término medio acudían unas 12.000 personas al día entre mayo y septiembre, cifra que se incrementaba a unas 18.000 en los meses estivales. La mayor concurrencia de gente tenía lugar entre las 5 y las 8 de la mañana, cuando comparecían a hacer sus compras los vendedores ambulantes, los proveedores de los establecimientos públicos y los dueños de puestos en los mercados de la ciudad<sup>91</sup>. Allende describe lleno de gozo el ajetreo en este punto de la ciudad: “.../ Mirad el río... allí están / los galpones de la Vega, / con papas, choclos, sandías, / porotos y berenjenas. / Allí, bajo esos galpones, / a la sombra que ellos prestan, / felices pasan la vida / gañanes y verduleras. / Y por sus alrededores / se estacionan las carretas, / con ají, porotos verdes / y tomates por docenas. /...”<sup>92</sup>. Aparte de reunir todos los ingredientes para la cocina, la Vega aglutinaba a su alrededor numerosos puestos de comida y cantinas, donde el alcohol animaba una juerga interminable.

En la época de *El Padre Padilla*, el fraile y el Negro, los personajes característicos del periódico, promovieron algunos céntricos restaurantes que con toda seguridad fueron frecuentados por el propio Allende. Uno de los más aludidos y celebrados fue el *Parisien* de calle 21 de Mayo, esquina Plazuela de Santo Domingo. Pese a los resquemores hacia la cocina francesa que comentamos atrás, este recinto mereció los aplausos del periodista debido a

---

89 Los ricos y los pobres, *El Padre Padilla*, 01 de octubre de 1885. Más información sobre el afrancesamiento culinario y la sociabilidad popular en el Mercado en Daniel Palma, “De apetitos y de cañas. El consumo de alimentos y bebidas en Santiago a fines del siglo XIX”, en *Historia*, Vol.37, no.2, PUC, Santiago, 2004.

90 *El Padre Padilla*, 02 de marzo de 1886.

91 La Vega, *El Diario Ilustrado*, 23 de abril de 1902. Tiene fotos.

92 Romancero santiaguino, *El Sinvergüenza*, 23 de marzo de 1901.

sus precios para todos los gustos y su variada carta. Un almuerzo costaba 60 centavos y 80 una comida, pero también se ofrecía cazuela de ave a 10 cts. el plato. En un artículo se presenta al obeso Padilla acompañado del inseparable Negro sirviéndose todo tipo de viandas “a cuerpo de rey” mientras elogiaban el servicio y los precios del local<sup>93</sup>. Desde diciembre de 1885, el *Parisien* contó con jardín y vendía helados y toda clase de refrescos. Entre las novedades estaban los «happy hour», lo que significaba que entre 10 y 11 AM y entre 5 y 6 PM, “toda copa que se pagaba a 20 centavos, se pagará solo a 10 centavos”. En agosto de 1886, el *Parisien* fue sindicado como “el establecimiento más elegante y más barato de la capital”, destacándose en un aviso que contaba con un cocinero “recién llegado de París”<sup>94</sup>.

Otra *picada* era el más popular *Restaurant Lurin* en Cañadilla 85, actual avenida Independencia, que sobresalía por sus “cazuelas, pejerreyes y toda clase de fiambres” a diez centavos el plato. Una copa de licor, de ponche en leche o en agua, costaba quince centavos. Desde fines de mayo de 1886, el *Lurin* tomó a su cargo la cantina del Hipódromo de la Cañadilla y ofrecía “toda clase de licores de la mejor calidad”, cobrando 20 cts. por copa y 30 por la botella de cerveza. Hay que mencionar también al *Restaurant San Pablo*, frente al cuartel de policía, cuya publicidad resaltaba la cazuela de ave, los pejerreyes, erizos, choros, “un variado surtido de licores puros y el sin competencia y afamado ponche en leche”. El ponche fue celebrado a menudo por Allende, como el que expendían “los excelentes y atentos chicos Campos y Sánchez” en el *Restaurant del Pabellón* del cerro Santa Lucía y que, a su parecer, era capaz de resucitar a un muerto. “El que quiera probarlo, no tiene más que ir. Le aseguro que se bebe más de seis vasos”. El *Restaurant del Pacífico*, en Claras 24 (hoy Mac-Iver), esquina Agustinas, donde el almuerzo con vino costaba 60 cts. y la comida con vino 70 cts., era recomendado por “la buena clase de sus licores y vinos”. Se advertirá que en la dieta de los santiaguinos arrasaban las cazuelas y el ponche, a juzgar por la nutrida oferta de estas preparaciones. Las comidas y tragos locales resistieron, de esta forma, a los embates cosmopolitas con su sofisticación extranjerizante.

Los cambios que experimentaban la ciudad y la vida urbana implicaron una paulatina segregación de los espacios recreativos. En varias oportunidades, Allende denunció ciertos paseos y lugares que se iban tornando más exclusivos. Así por ejemplo, el cerro Santa Lucía, que antiguamente “era una

93 A cuerpo de rey, *El Padre Padilla*, 24 de octubre de 1885.

94 Avisos diversos aparecidos en *El Padre Padilla*.

roca solitaria y abrupta, visitada de día por los muchachos cimarrones y habitada de noche por los bandidos” y que gracias a los desvelos de Benjamín Vicuña Mackenna se había convertido “en el más bello paseo de la capital”, no estaba al alcance de todos e incluso había que pagar una entrada<sup>95</sup>. En contadas ocasiones se autorizaba el acceso gratuito al cerro “a la gente de a pie”, como sucedió durante las Fiestas Patrias de 1885<sup>96</sup>. Allende, en respuesta, reivindicó el carácter popular del Santa Lucía y exigió rebajas para los espectáculos teatrales que ahí se ofrecían: “En el teatro del Cerro Santa Lucía cobran hasta 80 centavos por asiento. Creo que este precio es demasiado excesivo. El Cerro es, ante todo, del pueblo y para el pueblo. El Teatro Municipal no está al alcance de los recursos del obrero; bien, que siga siendo privilegio de los aristócratas; pero no le quitemos al hijo del pueblo el único teatro y el único paseo que puede pagar”<sup>97</sup>. Solo días después de estas palabras, se opuso enérgicamente al alza de la entrada para las funciones de 80 cts. a \$1,40, incluyendo en el diario una sugestiva caricatura al respecto<sup>98</sup>.

Entre los sectores acomodados de la capital, el paseo a los baños de Apoquindo fue un número fijo. “Ah! no sabe su Paternidad cuánta poesía encierra almorzar bajo los árboles unos guisitos que solo en el hotel de Apoquindo es posible saborear”, dirá un alborozado Negro, recomendando este panorama sobre todo a las parejas recién casadas, “porque es imposible encontrar un paraje más delicioso que aquel pedazo del Paraíso terrenal”<sup>99</sup>. Tanto le gustaba al Negro el paseo a estos baños, que con motivo de una Pascua advirtió que se iría tempranito a Apoquindo, tentado por las sorpresas que tendría el dueño del hotel y “porque sé que la cosa va a estar de rechupete”<sup>100</sup>. Las lisonjas vertidas en torno a parajes como el aludido testimonian el cariño de Allende hacia su ciudad y alrededores, así como su afán por difundir los encantos de Santiago entre todos sus lectores.

El Hipódromo de la Cañadilla fue uno de los espacios más recomendados en los periódicos por los alegres bailes, espectáculos artísticos y funciones circenses que ahí se realizaban a menudo. Los bailes de máscaras gozaban de

---

95 El Cerro Santa Lucía, *El Padre Padilla*, 25 de febrero de 1886.

96 “La H. Comisión de Paseos Públicos en sesión de hoy, acordó permitir la entrada gratuita al Cerro de Santa Lucía a la gente de a pie, durante los días 17, 18 y 19 del presente mes”. Acta de sesión de la municipalidad de Santiago del 14 de septiembre de 1885, AN, Intendencia de Santiago, Vol.32.

97 Gacetilla, *El Padre Padilla*, 12 de diciembre de 1885.

98 Gacetilla y Un paseo popular, *El Padre Padilla*, 31 de diciembre de 1885.

99 El Negro metido a gente, *El Padre Padilla*, 01 de diciembre de 1885.

100 Gacetilla, *El Padre Padilla*, 24 de diciembre de 1885.

gran popularidad y atraían por la presencia de una orquesta que alternaba los ritmos de los “bailes serios” con “animadas zamacuecas ejecutadas en arpa y vihuela por tres afamadas cantatrices”. Las fiestas solían efectuarse los sábados, comenzaban a las 9 de la noche y se prolongaban hasta las 4 de la madrugada, “aunque lloviera”. Las mujeres entraban gratis hasta la medianoche y los varones debían desembolsar 1 peso. Los asistentes disponían de “dos cantinas espléndidamente servidas”, cazuela de ave y pejerreyes.

Allende hizo entusiastas llamados a no perderse por ningún motivo estos eventos. “¡Qué de aventuras picarescas, qué de escenas amorosas y qué de intrigas novelescas tendrán lugar esta noche al cadencioso compás de los valeses o al alegre son de las zamacuecas! ¿Qué mejor modo de preparar el ánimo para las fiestas patrias que yendo esta noche al Hipódromo a echar una cana al aire? Ea! traviosos jóvenes y graciosas sirenas del valle del Mapocho! A bailar, a reír y a gozar!”. Pese a que el propio Allende era un trabajólico, sugería a sus lectores que “no todo ha de ser trabajo, hermanos míos. Es preciso darse un rato de distracción”, e invitaba a “ir a pecar” al Hipódromo de la Cañadilla. En otro aviso se tentaba a los hombres a no dejar pasar la oportunidad, pues “no faltará ninguna de las muchachas más preciosas de «la buona vita». ¡Divertirse, hijitos, que después de esta vida no hay otra!”. La Pascua también era celebrada a todo dar y públicamente, asegurándose que habría “carros a la puerta toda la noche” y “grandes sorpresas a los concurrentes”<sup>101</sup>.

En el mismo hipódromo se realizaban funciones de circo que fueron anunciadas en el diario, como la visita, en 1886, de la Compañía de Felipe Salvini “con su heterogénea combinación universal de monos, orangutanes, mandriles, perros, cabritos y caballitos liliputienses” y con precios de 40 cts. la galería (20 cts. los niños menores de 7 años), 1 peso las lunetas (50 cts. los niños) y 8 pesos los palcos con seis entradas. (A modo de referencia, considérese que un palco con 4 entradas en el Teatro Municipal costaba 20 pesos y una luneta \$3,50.) Tal fue el éxito de este circo, que en una ocasión no menos de 1.500 personas habrían quedado afuera y eso que había funciones tres veces por semana a las 8 de la noche y los domingos y festivos dos por día, en la tarde y en la noche<sup>102</sup>. La Compañía Letelier, por su parte, brindaba sus funciones acrobáticas en la Cañadilla, destacándose que estos artistas chilenos mere-

101 Ver por ejemplo, *El Padre Padilla*, 12 de septiembre de 1885, 07 de noviembre de 1885, 05 y 22 de diciembre de 1885.

102 Avisos en *El Padre Padilla* de mayo de 1886. El precio de las entradas al Teatro Municipal en Acta de sesión de la municipalidad de Santiago, 1 de diciembre de 1885, AN, Intendencia de Santiago, Vol.32.

cían todo el respeto del público “porque trabajan bueno, bonito y barato”<sup>103</sup>. Ya en 1902, Allende promovió al Circo Bravo, que funcionaba en Alameda esquina Capital con carpa llena noche a noche y que tenía como una de sus mayores atracciones al saltador John Higgins, el cual “con decir que, a pies juntillas, salta por sobre un coche, se ha dicho todo lo que puede decirse de un artista”<sup>104</sup>.

La vida festiva y rebosante al alcance de todos se manifestaba a rienda suelta en los bordes de la ciudad, y tuvo su epicentro en el Resbalón, en la ribera sur del río Mapocho (actual comuna de Cerro Navia). El Resbalón, sobre todo durante el verano, se convertía en uno de los sitios jaraneros más frecuentado por los santiaguinos de todo el arco iris social. En vísperas de la Pascua de 1884, el subdelegado Diego Formas se manifestaba muy preocupado ante el Intendente de Santiago por “los desórdenes que el exceso de licor pueda ocasionar en el lugar denominado «El Resbalón», perteneciente a esta sección, con motivo de la gran afluencia de gente que de toda clase ocurre ordinariamente todos los años a divertirse en ese lugar durante la estación veraniega y muy particularmente en las pascuas y días de carnavales, en que varios comerciantes solicitan se les conceda permiso para establecer ahí sus fondas”<sup>105</sup>.

En época de verano, el Resbalón se colmaba de gente que concurría a bañarse y a divertirse con frenesí en las fondas públicas como la de El Tiuque que se inauguró en 1886. “Escusado es decir que habrá arpa, vihuela y unos ‘tongos’ en agua y en leche de hacer hablar a los mudos. ¡AL RESBALÓN, NIÑOS! ¡A la fonda de El Tiuque!”, era la consigna mediante la cual Allende convocaba al público a no perderse el evento<sup>106</sup>. No había tiempo que perder para hacerse presente en cuerpo y alma en el Resbalón. “-Pica, entonces, carretero, / Hasta quebrar la picana, / Que para el Resbalón vamos, / Y el que no cae resbala! / -¡Huija! Viva Chile, miéchica!”. Y ahí estaba la fiesta, la música popular, el baile. “Con una voz de angelito / Empezó a cantar Tomasa / Una tonadita de esas / Que de pata en quinchita llaman, / Mientras tanto la Petita

---

103 Gacetilla, *El Padre Padilla*, 01 de septiembre de 1885.

104 Circo Bravo, *El Jeneral Pililo*, 2ª Época, 30 de abril de 1902.

105 Oficio de Diego Formas, Lo Díaz, 18 de diciembre de 1884, AN, Intendencia de Santiago, Vol.30.

106 *El Padre Padilla*, 23 de noviembre de 1886.



/ El segundo le llevaba / Y el tuerto Pascual Montoya / Tamboreaba en la guitarra”<sup>107</sup>.

El jolgorio en el Resbalón era tal, que las autoridades una y otra vez decidieron tomar cartas en el asunto. A los numerosos carruajes que se dirigían al lugar “diariamente a todas horas del día y aun hasta las avanzadas de la noche”, hubo que exigirles que llevaran sus faroles encendidos para evitar los atropellos a los enfiestados que deambulaban por los alrededores pasaditos de copas. A menudo se pedía la intervención de la policía rural ante las “irregularidades observadas en las fondas establecidas en el Resbalón”<sup>108</sup>. Pasada la vorágine estival, los numerosos despachos de los alrededores añadían un dolor de cabeza a los funcionarios municipales. Así, Manuel Fernández, quien estuvo a cargo de trabajos en el camino al Resbalón, pedía una urgente solución ante el ausentismo de los peones que “a consecuencia del expendio de licor que se hace en los despachos vecinos en los días de la semana” no aparecían en las faenas, sobre todo los lunes en que “generalmente tengo que trabajar con cuatro o seis”<sup>109</sup>.

El *San Lunes* era una de las consecuencias de estas farras inmortales que, de algún modo, ‘desordenaban el gallinero’ y ponían cuesta arriba toda la decencia y la civilización de la cual tanto se hablaba en la época. El conservador Zorobabel Rodríguez, sin ir más lejos, ya en 1875 había definido el “hacer San Lunes” como una “mala, y por desgracia cada día más general, costumbre que tienen nuestros paisanos artesanos y gañanes de destinar los lunes de todas las semanas a malgastar en *remoliendas*, *parrandas*, *picholeos* y *borracheras* el dinero ganado en la semana y no alcanzado a malgastar el domingo, ha nacido la frase *hacer san lunes*, que vale no asistir en este día a las tareas acostumbradas o al trabajo convenido”<sup>110</sup>. Allende fue reiteradamente crítico de la

---

107 Paseo al Resbalón en Juan Rafael Allende, *Poesías populares de El Pequén*, III, Santiago, 1881. Agradezco a Maximiliano Salinas esta referencia.

108 Oficios de Diego Formas, 7 de diciembre de 1886 y 1 de enero de 1887, AN, Intendencia de Santiago, Vol.30.

109 Oficio de Manuel Fernández, Santiago, 17 de mayo de 1886, AN, Intendencia de Santiago, Vol.41.

110 Zorobabel Rodríguez, *Diccionario de chilenismos*, Imprenta del Independiente, Santiago, 1875 (Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1979), p.289. Ver Maximiliano Salinas, *Comida, música y humor. La desbordada vida popular*, en Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri (eds.), *Historia de la vida privada en Chile. El Chile moderno de 1840 a 1925*, Taurus, Santiago, 2006 y también Eduardo Cortés y Jorge Rivas, “Más allá de lo «sacrificial»: distracciones, evasiones y espiritualidad en la cultura popular urbana. Santiago, 1905-1908”, en *Revista Contribuciones*, N°127, USACH, Santiago, 2001.

magnitud y los efectos del consumo de alcohol en las fiestas populares, incluyendo el *San Lunes*, pero no por eso dejó de tentar a sus lectores a que aprovecharan el tiempo y, aunque fuera por un rato, olvidaran sus problemas<sup>111</sup>.

Comilonas, circos, bailes, paseos, juntos, separados, revueltos, de todo podía pasar en la jarana urbana que cobijaba una multiforme vida festiva que se resistió a las prohibiciones y al avance de una sociabilidad que tendía cada vez más a la separación de los espacios destinados a *rotos* y *caballeros*. El mérito de Allende consistió en mostrar que el Santiago modernizante y abierto a las influencias foráneas, cobijó en sus pliegues más íntimos a una ciudad plebeya en la cual la vida no se iba en las apariencias. En medio de las deficiencias estaban las fondas y chinganas, la sensualidad y juegos del pueblo, su vitalidad y sus tradiciones, que construyeron a esta ciudad tanto o más que los arquitectos, alcaldes y urbanistas. Lo que algunos intentaban ocultar o relegar a los márgenes seguiría ahí.

## V. CONCLUSIONES.

Concluye aquí nuestro recorrido por el Santiago de Juan Rafael Allende, con sus gentes, calles, lugares de esparcimiento y personajes emblemáticos. Las imágenes que van apareciendo en sus periódicos revelan claramente que a la par de los esfuerzos normativos de la oligarquía gobernante, encaminados a colocar a la capital chilena en un sitio que la homologara a sus modelos europeos, siguieron subsistiendo elementos que no concordaban con el avance de la modernización y el mentado progreso. Una modernización trunca e incompleta que a su paso fue dejando resabios difícilmente compatibles con el ideario de sus sostenedores y cuyas falencias son puestas al descubierto, en tanto mantenían al grueso de los habitantes urbanos en la miseria y el desamparo.

En la experiencia de Allende se advierte, por una parte, una sensibilidad ilustrada de tinte moralizante que sancionaba los excesos asociados a ciertas costumbres de los *rotos*, pero que también se mostró extremadamente crítico del doble estándar de las autoridades y la impunidad en que quedaban los *caballeros* que incurrían en conductas similares (borracheras, vagancia, prostitución). La atención se vuelca desde la mirada oficial que criminalizaba

---

111 En mi texto "De apetitos y de cañas..." se desarrolla el tema del consumo de alcohol y la posición de Allende al respecto.

a los sectores populares y sus costumbres, a la sociedad urbana en su conjunto, visualizando al individualismo asociado al espíritu liberal como responsable último de las profundas desigualdades que el descontrolado proceso de urbanización conllevaba<sup>112</sup>.

Por otra parte, nos brinda un acercamiento a la historia de la ciudad a partir de la vivencia cotidiana de sus habitantes, constituyéndose en una válvula, en un “mediador cultural”, que nos permite acceder a todo este mundo, sin los prejuicios de las fuentes emanadas de los círculos del poder preocupadas casi exclusivamente de mostrar al mundo la cara bonita de Santiago, tal como ocurrió con motivo del Centenario de la Independencia en 1910. Venga, entonces, una sabrosa cazuela de ave antes de coger las herramientas para salir a ganarse el pan y luchar por una ciudad que pueda ser disfrutada en plenitud por todos sus habitantes.

---

112 En una oportunidad, Allende se refirió al ideólogo del liberalismo económico en Chile, Gustavo Courcelle Seneuil, como “ese intransigente libre-cambista que tan pernicioso semilla arrojó en los cerebros de nuestra estudiosa juventud”. El mareo financiero, *El Padre Padilla*, 26.09.1885.

